



Conde. Mas Arturo, ¿por qué me
De nosotros te separas.
Cuando estamos celebrando
Hoy en el mundo invidias
Arturo. Señor Conde, perdoname,
Mas

ACTO PRIMERO.

LA PARTIDA.

Salon de un castillo amueblado con lujo, puerta en el fondo: dos á la izquierda y otra en segundo término á la derecha.

ESCENA I.

ELISA SENTADA Y RODEADA DE LAS DAMAS. EL CONDE, ARTURO, CARLOS. CORO DE CAZADORES ENTRANDO, CORO DE DAMAS

CAZADS. Muy hermoso estuvo el dia
Y abundante fué la caza:
Ahora al descanso nos brinda
La presencia de estas damas.

DAMAS. Bienvenida entre nosotras
Esa juventud galana,
Que al monte en pos de las fieras
Entusiasmada se lanza.

CONDE. Preparado está el festin:
Nos espera otra batalla,
Y veremos quién sucumbe
Entre las copas doradas.

- CAZADE. No temais ilustre Conde
Porque ante belleza tanta
No ha de hacer el vino estragos,
Donde la belleza irradia.
- CONDE. Mas, Arturo, ¿por qué así
De nosotros te separas, (A Arturo que se
Cuando estamos celebrando *manifiesta retraido*)
Hoy en el mundo tu entrada?
- ARTURO. Señor Conde, perdonadme,
Mas la fatiga me mata.
- CONDE. Figuraos, amigos míos,
Que á la corte de Alemania,
Al rayar el nuevo día
Partirá.
- COROS. ¿Con que se marcha?
Mil parabienes, Arturo;
Allí el porvenir te aguarda,
No has nacido á vejetar
En estas fristes montañas.
- ARTURO. Gracias, amigos..... ¡Dios mio! (á Carlos)
En vano quiero en el alma
Sepultar esta amargura
Que experimento al dejarla.)
- CÁRLOS. Ten valor: el alma llena (á Arturo)
De entusiasmo y esperanza,
No sucumbe al primer golpe
Que la suerte le prepara.
- CONDE. Pero vamos, que el festín,
Caballeros, nos aguarda:
Conducid á los salones
Cual galanes á estas damas;
Que ya os sigo.
- CORO GENERAL. Señor Conde,
Gracias: que vuestra tardanza
Sea corta, porque sin vos
Toda animacion nos falta. (*vánse Elisa, Carlos y
Coros.*)

ESCENA II.

EL CONDE Y ARTURO.

- CONDE. Te has lucido Arturo: tú tan retraido cuando
mis amigos están empeñados en obsequiarte, y en
celebrar este día para tí tan feliz.
- ARTURO. ¡Tan feliz!
- CONDE. Sí; porque cuando un jóven dá su primer paso
en el mundo, cuando deja atrás el pasado de su
infancia y se lanza al porvenir, entonces.....
- ARTURO. Entonces, Señor, es cuando debe temblar; cuan-
do debe sentir sus ojos humedecerse al dar el úl-
timo adios á todos aquellos objetos, que han for-
mado esa su primera edad que se llama niñez.
- CONDE. Vamos, Arturo, ¿quién se fija en esas nimieda-
des, cuando, como á tí, te esperan en la corte, una
vida y un porvenir dignos de tu nombre?
- ARTURO. Señor Conde, permitidme ser franco: si que-
reis verme feliz, dejadme en estos lugares.
- CONDE. Cómo: ¿preferirias acaso esta vida oscura, sin as-
piraciones.....?
- ARTURO. Sí, Señor: á cuanto vos me pudierais ofrecer
prefiero este Castillo; este Castillo en donde he
nacido, en donde he visto morir á mi madre, y
donde descansan sus restos: esas montañas que á
proporción que fuí creciendo he recorrido hasta
sus mas ocultos senos; esos bosques, donde no hay
un árbol al cual no pueda llamar amigo, ¿podré
abandonar todo esto sin sentir oprimírseme el co-
razon?
- CONDE. Vamos, mi entusiasta soñador, cuando cambie
á tus ojos la escena y palpés el contraste entre tu
agreste pasado y la brillante posición que te pre-
paro, cambiará tu modo de sentir en este parti-
cular.

ARTURO. ¡Ah! no, señor: ¡imposible!.....era necesario que se mudase el corazón y este jamás se mudará.

CONDE. ¿Con qué hay algo en tu resistencia de eso en que se cuenta que se interesa el corazón? (Ya lo sospechaba.)

ARTURO. Sí, Señor Conde, lo hay: iré á donde se me manda, obedeceré; pero estad seguro que aquí dejaré mi alma.

CONDE. Déjala en buena hora, ella irá á su tiempo á seguirte. Prepárate pues, porque al rayar el nuevo día debes emprender tu marcha.

ARTURO. Por última vez, Señor, ¿nada os hará cambiar de resolución?

CONDE. Nada; es necesario que la juventud inesperta se deje guiar por la experiencia: cualquiera ilusión que hoy te atraiga á estos sitios, es necesario que se desvanezca, porque solo lejos de aquí podrás labrarte la fortuna de que hoy careces: y así, sé hombre, marcha con fé á donde está tu suerte. (*yéndose aparte.*) (Se aman; es necesario á todo trance separarlos.)

ESCENA III.

ARTURO SOLO.

¡Es un sueño!.....que yo marche
Tal me dijo, es realidad.....!
Y no vió que aquí se queda
De mi alma la mitad.
Que yo vaya entusiasmado
A buscar la gloria allá.....
¿Qué mas gloria, qué mas dicha
Que á mi Elena idolatrar?
Angel mio: si separarnos
Su inflexible voluntad
Hoy pretende, yo te juro
Que de aquí nunca saldrás

Porque tú eres de mi vida

El encanto celestial:

Y no puedo de mi pecho

Tu recuerdo así arrancar.

ESCENA IV.

ELENA Y ARTURO.

ARTURO. Ven: ven, celeste deidad.....

ELENA. Arturo!.....

ARTURO. Ven, ó mi Elena.

¿Cómo mi alma se enajena

De amor y felicidad!

Ven de mi boca á escuchar

De amor las dolientes quejas.....

¿Mas por qué de mí te alejas

Criatura angelical?

ELENA. No me alejo, estoy aquí;

Busco la luz de tus ojos;

Yo del alma los despojos

Oh mi Arturo, te rendí.

¿Qué será este sentimiento?

ARTURO. Es la vida de los dos;

Es de un ángel el aliento,

Es toda la obra de un Dios.

Nuestro amor brotó en la vida

Cual la rosa en el vergel:

Su corola estremecida

Abre el sol así al nacer.

No en vano mi alma te halló

En el dintel de la vida:

Al ir vagando perdida

Su ángel bueno te juzgó.

ELENA. ¡Y tenerse que abandonar

Al ser que yo quería tanto!

Y sin piedad de mi llanto,

Mi Arturo me dejará.

ARTURO. Hoy mi Elena, al estrechar
Entre mis manos tu mano,
En vano procuro, en vano
Mis lágrimas ocultar.

ELENA. Nos separan á los dos;
Y al romper tan dulces lazos,
Hacen nuestra alma pedazos
Al darnos eterno adios.

ARTURO. ¡Oh mi Elena, ten piedad
Del hombre que mas te adora,
Y que acongojado llora
De su alma la soledad.

ELENA. ¡Oh mi Arturo, ten piedad
De esta muger que te adora,
Y que acongojada llora
De su alma la soledad.

ARTURO. ¿Qué me resta ya sin tí?
Elena, no me abandones:
Dos amantes corazones
¿Quién los podrá desunir?
Sintiendo estoy que la vida
Me abandona ¡ay infeliz!
¡Ay! Elena, esta partida
A tu Arturo hará morir.

ELENA. ¿Qué me resta ya sin tí?
Arturo, no me abandones:
Dos amantes corazones
¿Quién los podrá desunir?
Sintiendo estoy que la vida
Abandona á esta infeliz,
¡Ay Arturo! tu partida
A tu Elena hará morir.

CORO (*dentro*) Brindemos á la dicha:
Brindemos al placer;
La vida es un encanto,
La tierra es un vergel.
Que lioren los imbéciles:
Nosotros á reir.....

Sorpréndanos la muerte
En medio del festin.

ELENA. ¡Oh mi Arturo, no les oigas!
Ellos brindan al placer;
Y no ven que aquí agoniza
De dolor esta muger.

CORO *DENTRO* Brindemos á la dicha.....etc.

ARTURO. ¡Oh mi ángel, ven, huyamos;
Ellos brindan al placer;
Y no ven que van dos seres
De dolor á perecer.

ESCENA V.

ELENA, ARTURO Y CÁRLOS.

CÁRLOS. (*al entrar.*) ¡No lo diges! ellos llorando,
Mientras las copas allá,
Las cabezas van llenando
De una dicha celestial.
¿Por qué estás tan retraido?
Ven, Arturo, allá á brindar.....

ARTURO. Cárlas, de mi pecho herido
Solo llanto ha de manar.
¿Cómo quieres que yo pueda
Tomar parte en el festin;
Si al marchar, aquí se queda
De mi alma el querubin.

CÁRLOS. ¿Qué les dejas á las damas
Si te pones á llorar?
¡Qué demonio! si la atmas
¿Quién te la hace abandonar?

ARTURO. Mi tío el Conde.

CÁRLOS. ¿Su cuñado?
Y eso que te importa á tí?
Si su amor ella te ha dado,
Puedes del Conde reir.

Es el mundo tan estenso,
Que puedes en él hallar
Un rincón, según yo pienso,
Donde puedas libre amar.
Acercaos, amigos míos, *(tomándoles las manos)*
Mis consejos escuchad.
Que no un tío, ni veinte tíos,
Turbe esta felicidad.

Tiernas tórtolas llorosas,
Vuestras alas estended;
Y volad, volad gozosas
Para huir de aquesta red.

ARTURO. Si supieras cuanto la amo
Y lo que ella es para mí.

CÁRLOS. Pues imbécil yo te llamé
Si no sabes ser feliz.

ELEN. } CÁRLOS, CÁRLOS, no envenenes

ARTU. } Nuestro ardiente y puro amor
Ni á mi alma tú la llenes
De amargura y de dolor.

CÁRLOS. Vaya un par de pichoncitos,
Que no saben qué es amar:
Que aquí están encerraditos
Sin querer libres volar.

ARTU. } No nos resta en esta vida

ELEN. } Otra cosa que sufrir;
Y dar nuestra despedida
A la vida ¡ay! y morir!

CÁRLOS. Pero en fin, yo no me explico..... ¿Ella te ama?
(á Arturo)

ELENA. *(con prontitud)* Como á mi vida.

CÁRLOS. *(á Elena)* ¿El te ama?

ARTURO. La adoro.

CÁRLOS. Pues entonces no les entiendo; ambos amándose,
ambos libres; y ambos estar desesperados.

ARTURO. ¿No lo has oído? ¡que nos separan!

CÁRLOS. ¡Bah! ¿y qué? ¿os separan?..... vosotros uníos
y se acabó.

ARTURO. CÁRLOS, deja ese tono ligero, y escucha hasta
donde llega nuestra desgracia. Durante mi infancia,
pasada al lado de mi madre en este Castillo,
apenas oía mentar el nombre del Conde, como
el de una persona á quien ya no se ha de volver
á encontrar en la vida: para mí el mundo no
se encerraba mas que en el santo amor de mi madre.
Poco antes de morir aquella, se presentó
aquí mi tío, acompañado del Marques, padre de
mi Elena y de Elisa su hermana, con quien se
había desposado.

ELENA. Sí: CÁRLOS; mi padre buscaba en el aire puro
de estas montañas la vida, que por momentos sentía
abandonarle..... pero todo fué en vano.
Al mes de dejar la tierra la madre de Arturo, mi
padre la siguió, dejándonos en poder del Conde
y en la mas dolorosa orfandad.

ARTURO. Y entonces, fué cuando ví sustituido el tierno
amor de mi madre, con la insultante y fria proteccion
del Conde.

ELENA. Y entonces él me hizo comprender, que los
cuantiosos bienes de mis padres, que teníamos la
dulce costumbre de disfrutar mi hermana y yo,
como de ambas, solo le pertenecian á Elisa, por
ser yo hija de un segundo matrimonio.

ARTURO. Y nos vimos, nos amamos; nuestra orfandad
fué el lazo que unió á nuestros corazones... y
nuestras lágrimas sellaron tan tierna union!

ELENA. Sí, porque ambos nos encontramos pobres, de-
samparados en el mundo, y sostenidos por la ca-
ridad de un mismo hombre.

ARTURO. Y hoy este hombre, cansado quizá de prodigar
sus beneficios al huérfano, le arroja lejos de sí,
para que vaya á buscar un porvenir que no au-
biciona.

ELENA. ¿Y no hemos de estar sumidos en la desesperacion?

CÁRLOS. Vaya: no hay que abatirse así. Cuando uno

tiene por suyo el porvenir; cuando este se vé desde el dintel de la vida, el tiempo no tiene valor ninguno.....ya que no te es posible evitar esa partida, marcha Arturo, marcha lleno de fé, que si cuentas con el amor de Elena.....

ELENA. *(Interrumpiéndole)* ¡Oh sí, hasta la muerte!

CÁRLOS. Pues bien entónces ¿que les espanta? Ve; y alentado por su recuerdo, volverás á su lado para llevarla contigo á la felicidad. Entre tanto, serénate y vamos allá con tus amigos, para que esa reunion, que no toleras, no sorprenda tu secreto.....sígueme

ARTURO. Vamonos amigo mio.....¡Elena! ¡Elena!.....

ELENA. Que no sea esta tu despedida; que te vea antes de partir.....aunque esto me mate....¿me lo ofreces?

ARTURO. Sí, Elena mia, hasta luego. *(váse con Carlos)*

ESCENA VI.

ELENA.

¿Donde hallaré esfuerzo para resistir tanto dolor? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ten piedad de esta desgraciada.

ESCENA VII.

ELENA Y ELISA.

ELISA. Hermana mia: te buscaba.

ELENA. Gracias Elisa, que vienes á mí cuando tanto te necesita el alma.

ELISA. Pero ¿qué te pasa? ¿por qué esa agitacion?

ELENA. ¡Ay hermana mia! perdóname, si hasta hoy he desconocido el tesoro de ternura que tengo en tí: perdóname que no haya llegado antes á tus brazos, para derramar en ellos este llanto que me sofoca. *(abrazándola y llorando.)*

ELISA. Lloro, mi pobre hermana, pero que al ménos sepa yo la causa de tus lágrimas.

ELENA. Sí, si la sabrás, tu no serás severa para juzgarme: tu tendrás en tu corazon un destello de piedad para tu Elena que es tan desgraciada.

ELISA. Por Dios que acabe de saber.....

ELENA. Sábelo de una vez.....estas lágrimas son porque en un solo momento tengo que dar el último adios á la única ilusion que alumbró mi vida.

ELISA. ¿Qué? ¿amas Elena?

ELENA. ¿Acaso ha podido escapar á tu amor fraternal este sentimiento que si no te lo he revelado, tampoco traté de ocultártelo?

ELISA. Te confieso, hermana mia, que abrumada por mis dolores, no he tenido ocasion de fijarme en lo que hoy me revelas.....y ¿es por ventura el objeto de ese amor Arturo, el sobrino del Conde?

ELENA. Sí, hermana mia.

ELISA. ¡Ah!.....es verdad que yo habia creído notar en tí cierta inclinacion á ese jóven; pero no creí fuera tal que viniere á hacer tu desgracia.

ELENA. ¡Dichosa tú hermana mia, que no te has visto combatida por las terribles tempestades del alma! Dichosa tú que no has visto que al tocar la felicidad en que has soñado toda tu vida, vienen sin piedad á arrancártela.

ELISA. Calla niña.....No envidies esa felicidad que sueñas en mí... pero ocupémonos de tí sola..... ¿tan inevitable es tu desgracia? ¿quién te arrebató esa tu adorada felicidad?

ELENA. El Conde tu esposo, con la autoridad de tío de Arturo mañana lo hace marchar lejos: de estos lugares, arrancándonos toda esperanza. ¿Comprendes ahora mi tormento?

ELISA. Hermana mia, hermana mia, dices bien: ninguna esperanza debes alimentar, porque si la inflexible voluntad del Conde há determinado hacer marchar á su sobrino, no habrá poder humano que lo haga retroceder.

ELENA. Tú que has penetrado en mi alma
 De mi amor la intensidad,
 Ruega al Conde que no vaya
 A destruirla sin piedad.
 Ven, unámos nuestros ruegos
 Oh mi Elisa, así lo harás.....
 Juntas vamos de rodillas
 ¡Ay! mi vida á demandar.
ELISA. Mas tú sabes, ó mi Elena,
 Lo imposible de ablandar
 Que es esa alma, dó no cabe
 Ni un destello de piedad.
ELENA. ¿Qué? ¿verá tan insensible
 Nuestras lágrimas brotar?
ELISA. Y un sarcasmo frio y horrible
 Por respuesta nos dará.
ELENA. Pues entónces ¿qué me resta
 En mi pena que esperar,
 Si mi hermana me abandona?
ELISA. ¿Qué te resta? ¿qué?..... llorar.
 Si mis lágrimas pudieran
 Tu amargura así endulzar,
 Tuyas son, mi pobre hermana,
 Mas mi llanto ¿qué valdrá?
ELENA. ¡Pobre llanto! cuán estéril
 Yo te siento deslizar,
 Mis mejillas calcinando
 De mis ojos al brotar.
 ¡Ay! ¿qué nos resta?
 ¡Desventuradas!
 ¡Abandonadas!
 Quizá de Dios!
ELISA. No, no, El nos oye,
 Vé nuestra pena,
 Ven de fé llena
 En la oracion. *(Cayendo ambas de rodillas.)*
ELENA. Y ELISA. Señor, que de tu trono
 En la celeste altura,

A la infeliz criatura
 Ampare tu bondad:
 Escucha de dos almas
 El grito adolorido,
 Que lanza su gemido
 ¡¡Piedad, Señor, piedad!

ESCENA VIII.

ELENA, ELISA Y EL CONDE.

CONDE. Señora, estraño que cuando yo recibo en mis salones á mis amigos, estos noten lo poco agradable que es su presencia á la Señora de la casa.
ELISA. Perdonad, Señor, pero me sentí tan fatigada, que busqué un momento de reposo aquí, al lado de mi hermana.
CONDE. Es que tambien Elena debia mostrarse á la sociedad, que hoy honra nuestra mesa.
ELENA. Imposible, Señor, irian mis lágrimas á turbar el regocijo que anima á vuestros convidados..... porque ¡si vos supierais!.....
CONDE. Nada quiero saber..... cuando me habla la voz del deber, solo á ella escucho.
ELENA. *(bajo á Elisa.)* Dices bien, hermana mia, ese corazon es de roca.
ELISA. Calla, Elena, por Dios..... *(bajo á ella.)*
CONDE. Con que espero que atenderás á mis indicaciones, y que te presentarás ante la reunion.
ELENA. Voy, Señor Conde. *(bajo al irse.)* Elisa, por Dios, intenta aun salvar á tu desgraciada hermana.

ESCENA IX.

ELISA, EL CONDE.

ELISA. Muy severo estais, Señor Conde, con esa desventurada jóven.
CONDE. ¿Severo?..... os equivocais Elisa, obro como debo,

- y estoy seguro que ella misma, mas tarde, tendrá que agradecer mi presente comportamiento.
- ELISA. Permitidme que lo dude, porque en esa edad.....
- CONDE. En esa edad no se comprende que se debe fijar la vista mas en el porvenir que en el presente: y ya lo sabeis, esa jóven no posee nada en el mundo, pues las riquezas de vuestro padre pertenecian á su primera esposa, de quien fuisteis la única heredera: por lo que, si Elena quiere ocupar el rango que le pertenece, necesita contraer un matrimonio, no como el que ha proyectado.
- ELISA. ¿Pues qué? ¿sabeis.....?
- CONDE. Todo, Señora: Arturo y Elena se aman: él tampoco posee ningun patrimonio ¿cuál seria la suerte de entrambos? Ya comprendereis la urgente necesidad que habia de que esos lazos tan mal formados se rompieran, y de que mi sobrino marchase á buscar la fortuna que le negó la suerte.
- ELISA. ¡Ah! Señor Conde, ¿cómo desconocéis ese tierno sentimiento que se llama el amor fraternal? ¿qué importa que Elena no sea rica, si lo soy yo?
- CONDE. Os equivocais y os ciega el amor á vuestra hermana: esas riquezas ya no son vuestras, son de vuestro hijo; y así es necesario que ni penseis siquiera en desmembrarlas en beneficio de una.....
- ELISA. Señor Conde; recordad que habláis de la hija de mi padre, de la hermana de vuestra esposa, y que tenga ó no derecho á unos bienes que la ley le niega, sí lo tiene al respeto que merece el nombre de mi padre.
- CONDE. Vamos, Señora, vuestra exageracion os hace olvidar el puesto en que á cada uno de nosotros colocó la suerte..... hoy no se trata de otra cosa sino de asegurar el porvenir de Elena. Por lo demas, creo que no tendrá de qué quejarse; hasta hoy ha vivido en el Castillo, y se le han guardado las consideraciones que se merece.
- ELISA. ¿Pues qué? ¿querriais acaso que tras el cadáver de

- mi padre saliera la huérfana y se encontrase en el mundo sin un techo que la abrigara?..... Ya os he dicho que la creo con mejor derecho quizá que yo, á la fortuna y al hogar de nuestro padre.
- CONDE. (agitado.) ¿Qué?..... ¿qué decís, Señora? ¿con mejor derecho.....? (si sabrá).....
- ELISA. Sí, porque yo no olvido las palabras de mi padre moribundo.
- CONDE. (con creciente agitacion.) ¿Ha dicho vuestro padre al morir acaso?..... Decidme, Señora, ¿cuáles son esas palabras?
- ELISA. Ningunas..... aquellas frases eran dirigidas al corazon de la hermana, no al frio y egoista derecho ¿para qué las quereis saber?
- CONDE. No importa, quiero saberlas, y en este momento me las vais á decir ó si no.....
- ELISA. (con dignidad.) Señor Conde, ved que habláis á la Condesa vuestra esposa, y que si puede ceder á los ruegos, jamás cederá á las amenazas.....
- CONDE. (furioso.) ¡Señora! ¡vive el cielo!.....

ESCENA X.

- EL CONDE, ELISA, ELENA, ARTURO, CARLOS Y COROS.
- CORO. Por fin se acerca la hora
Arturo va á partir.....
Que el cielo guíe sus pasos,
Que sea en todo feliz.
- CONDE. Que no noten, Señora, (á Elisa.)
Lo que ha pasado aquí.....
No demos á esa gente,
Señora, que reir.
- ELISA. Perded todo cuidado (al Conde.)
Que quien me ofende á mi
No merece siquiera
Ni dar de qué reir.

CONDE. Gracias, gracias, Señores: (al coro.)

Arturo va á partir
Contento al escuchar
Vuestros deseos así.
Parte ó Arturo, parte; (á él.)
Allá está el porvenir;
Y mira como dejas
Amor, ternura aquí.

ARTURO. Yo te juro mi Elena
Que si llego á morir,
Del otro mundo mi alma
Junto á tí ha de venir.
Y gozará si gozas,
Será por tí infeliz
Porque ella, mientras vivas,
Junto á tí ha de vivir.

ELENA. ¿Me juras ó mi Arturo,
Si llegas á morir
Del otro mundo tu alma
Junto á mí ha de venir?
¿Y gozarás si gozo
Serás por mí infeliz?
¿Ay! yo también te juro
Tenerte junto á mí.

ARTURO. ¡Adios alma de mi alma!
¡Adios mi querubin!
¿Por qué el destino impio
Me separa de tí?.....

ELISA. Hermana, Elena mia,
Ven á mi seno, aquí
Derramarás tu llanto.....
Dos somos á sentir:
Desafíemos al mundo
Que quiere desunir
Nuestros dos corazones,
Que el dolor vino á unir.

CONDE. (Que parta es lo que importa,
Y podré conseguir

Que Arturo nunca vaya
Mis planes á impedir.)
Está ya todo listo; (á Arturo.)
Puedes marchar al fin.....
Con planta firme marcha
Dó está tu porvenir.

CÁRLOS. Te vas, amigo mio,
Mas yo me quedo aquí:
Yo velaré por ella:
Tranquilo debes ir.
Quien tiene juventud,
Fé y amor ante sí
No debe ante un dolor
Su espíritu abatir.

CORO. Si allá en la Corte
Su dicha está
¿Por qué abatido
El marchará?
De amor su cuita
Tal vez será.
Que encuentre la ventura,
La dicha y el placer,
Y que logre felice
A su pais volver.

ARTURO. ¡Adios mi Elena!
Tu amor será
La estrella fúlgida
Que me guiará.
En mi memoria
Siempre estarás:
Y si yo muero,
Me has de tener
Siempre á tu lado,
Ser de mi ser.

ELENA. ¡Adios Arturo!
Tu amor será
La estrella fúlgida
Que me guiará.